

cos miramientos tributados al hombre de dinero, sino con esa urbana protección que los príncipes inteligentes conceden siempre á los hombres de ingenio y de esmerada educación.

Esta presentación fué para Andrés Backer nueva ocasión de descubrir raros conocimientos: habló alemán con la reina, inglés con sir William y lady Hamiltón, y francés con Actón; pero en medio de todo guardó tal modestia y mesura, que al montar en la carroza para llevarle á Nápoles, el rey le dijo:

— Señor Backer, aunque hubieseis conservado vuestro coche, no por eso habría dejado de llevaros en el mío, aunque no hubiese sido más que por tener el gusto de ofros.

Más adelante veremos que el rey se había aficionado grandemente aquel día de Andrés Backer; y por nuestro relato se verá después con qué implacable venganza probó á este desgraciado joven, víctima de su adhesión á la causa real, la sinceridad de la amistad que le había inspirado.

## CAPÍTULO V

### El hombre propone

No bien hubo partido el rey, llevándose consigo á Andrés Backer, cuando la reina Carolina, que hasta entonces no había podido hablar al capitán general Actón, llegado justamente en el momento de ponerse á la mesa, levantóse, le hizo señal de que la siguiera, encargó á Emma y á sir William que hiciesen los honores del salón, si llegaban algunos convidados antes de su vuelta, y pasó á su gabinete.

Actón entró tras ella.

La reina se sentó é hizo seña á Actón de que se sentase.

— ¿Qué tenemos? le preguntó ella.

— Vuestra Majestad me interroga probablemente á propósito de la carta, replicó Actón.

— ¡Claro está! ¿No recibisteis dos billetes míos en que os suplicaba hicieseis la prueba? Me siento



rodeada de puñales y de conspiraciones y me urge ver claro en este asunto.

— Como prometí á V. M., conseguí quitar la sangre.

— La cuestión no está en eso. Lo necesario es saber si una vez lavada la sangre quedaba lo escrito... Decidme si ha quedado.

— Lo bastante para que pueda leerse con un lente de aumento.

— ¿Y lo habéis leído?

— Sí, señora.

— ¿Tan difícil era la operación que habéis necesitado tanto tiempo?

— Me atrevería á hacer observar á V. M. que no era eso sólo lo que tenía que hacer: y además confieso que á causa de la importancia que dabais al resultado de la operación, he tanteado mucho, haciendo cinco ó seis ensayos diferentes. Hasta ayer solamente, pensando que la sangre humana contenía, en condiciones normales, de sesenta y cinco á setenta partes de agua, y que sólo se cuajaba por la volatilización de ésta, no se me ocurrió la idea de exponer la carta á la acción del vapor, á fin de dar á la sangre cuajada la cantidad de agua suficiente para liquidarse, y entonces, empapando la sangre en un pañuelo de batista y vertiendo agua

sobre la carta inclinada, obtuve un resultado tal que lo hubiera puesto al instante á la vista de V. M., si no supiera que, al contrario de las demás mujeres, los medios os preocupan tanto como el resultado, porque no desconocéis ninguna ciencia.

Sonrióse la reina, halagada en su amor propio por la alabanza, y dijo:

— Veamos el resultado.

Actón dió á Carolina la carta que de ella recibió la noche del 22 al 23 de Septiembre para que lavase la sangre que la cubría.

La sangre había desaparecido en efecto; pero en los sitios que ocupara, la tinta era apenas perceptible.

— Es imposible leerla.

— No es imposible, señora, respondió Actón. Con un lente de aumento y un poco de imaginación, V. M. verá cómo recomponemos toda la carta.

— ¿Tenéis un lente?

— Heio aquí.

— Dádmelo.

En cuanto la reina tuvo el lente, procuró leer ligando las palabras entre sí; pero pronto se cansó de su infructuoso trabajo. No obstante, gracias al lente, concluyó por leer con alguna dificultad las



siguientes líneas que le presentaron el contenido de la carta en su conjunto :

« Querido Nicolino :

» Excusa á tu pobre amiga si no ha podido acudir á la cita, en la que tanta felicidad se prometía ; no ha sido culpa mía, te lo juro. Sólo después de nuestra entrevista me advirtió la reina que debía estar dispuesta á ir con las otras damas á recibir al almirante Nelsón. Le harán fiestas magníficas ; la reina quiere mostrarse á él en toda su gloria, y me ha hecho el honor de decirme que yo era uno de los rayos con que contaba para deslumbrar al vencedor del Nilo. Lo que tendrá menos mérito con él que con otro porque no tiene más que un ojo. No tengas celos. Yo preferiré siempre Acis á Polifemo.

» Pasado mañana, una palabra mía te indicará el día en que seré libre.

» Tu amante y fiel,

» E.

» 21 de Septiembre de 1798. »

— ¡ Hum ! dijo la reina después de leer la carta. ¿ Sabéis, general, que todo esto no nos saca de dú-

das, y que parece que la persona que ha escrito la carta adivinó que debía leerla algún extraño ? ¡ Ah, ah ! la dama es mujer precavida.

— Vuestra Majestad sabe que si puede dirigirse algún cargo á las damas de la corte no es el de una gran inocencia ; pero el autor de esta carta no ha tomado bastantes precauciones, y esta misma noche sabremos á qué atenernos.

— ¿ De qué manera ?

— Vuestra Majestad ha tenido la bondad de invitar para esta noche á todas las damas de la corte cuyos nombres de bautismo empiezan con la letra E., y que han tenido el honor de formar parte del cortejo que os ha acompañado en el recibimiento del almirante Nelsón.

— En efecto : y son siete.

— Decidme quiénes son, si gustáis.

— La princesa Cariatí, que se llama *Emilia* ; la condesa de San Marcos, que se llama *Eleonora* ; la marquesa de San Clemente, que se llama *Elena* ; la duquesa de Térmoli, que se llama *Elisabeta* ; la duquesa de Tursí, que se llama *Elisa* ; la marquesa de Altavilla, que se llama *Eufrosia*, y la condesa de Policastro, que se llama *Eugenia*. No cuento á lady Hamilton, que se llama *Emma*, porque no es persona capaz de mezclarse en semejantes enredos.



Por lo tanto, tenemos que habérmolas con siete comprometidas.

— Sí; pero entre las siete, replicó Actón riendo hay dos que no están ya en edad de firmar sus cartas con simples iniciales.

— Es verdad, quedan cinco. ¿Y después?

— Es bien sencillo, señora, y no sé cómo Vuestra Majestad se toma la molestia de escuchar el resto de mi plan.

— ¿Qué queréis, mi querido Actón? hay días en que parece que soy verdaderamente estúpida, y hoy es uno de ellos.

— Vuestra Majestad tiene ganas de dirigirme la injuria que se ha hecho á sí misma.

— Es verdad; porque me impacientáis con vuestros circunloquios.

— ¡Ay, señora, por algo se es diplomático!

— Acabemos.

— En dos palabras.

— Decidlas, pues, dijo la reina impacientada.

— Invente V. M. un medio de poner la pluma en la mano de cada una de esas señoras, y comparando las letras...

— Tenéis razón, dijo la reina, poniendo su mano sobre la de Actón; conociendo la querida, pronto daremos con el amante. Entremos.

Y esto diciendo se levantó.

— Con permiso de V. M., os pediré diez minutos de audiencia todavía.

— ¿Para cosas importantes?

— De la mayor gravedad.

— Decid, dijo la reina volviendo á sentarse.

— La noche en que V. M. me mandó esta carta, ¿se acuerda de haber visto á las tres de la mañana luz en la cámara del rey?

— Sí, puesto que le escribí.

— ¿Sabe V. M. con quién hablaba el rey tan tarde?

— Con el cardenal Ruffo, según me dijo mi ujier.

— Ahora bien, después de su conversación con el cardenal Ruffo, el rey despachó un correo.

— En efecto, oí el galope de un caballo, que pasaba por los pórticos. ¿Quién era el correo?

— Ferrari, su hombre de confianza.

— ¿Cómo lo sabéis?

— Mi palafrenero inglés Tom, que duerme en la cuadra, vió á las tres de la mañana á Ferrari, en traje de camino, entrar en la cuadra, ensillar él mismo un caballo y partir. Así me lo dijo al día siguiente teniéndome el estribo.

— ¡Y bien!

— Y bien, señora, yo me he preguntado á quién podía enviar S. M. un correo después de su conver-



sación con el cardenal, y he pensado que no podía ser á otro que á su sobrino el emperador de Austria.

— ¡ Y el rey ha podido hacer eso sin decírmelo ?

— No el rey, sino el cardenal.

— ¡ Ah ! dijo la reina frunciendo el entrecejo : ni yo soy Ana de Austria, ni Ruffo el cardenal de Richelieu. ¡ Que mire lo que hace !

— Yo he creído que la cosa era grave.

— ¿ Estáis seguro de que Ferrari ha ido á Viena ?

— No estaba muy seguro ; pero pronto me he convencido. Mandé á Tom al camino para saber si Ferrari había tomado la posta.

— ¿ Y la había tomado ?

— En Capua, donde dejó su caballo, diciendo que tuviesen cuidado de él, que era del rey, y que lo tomaría á la vuelta, es decir, el 3 de Octubre por la noche ó el 4 por la mañana.

— Once ó doce días.

— Justamente el tiempo que se necesita para ir á Viena y volver.

— ¿ Y qué habéis resuelto después de tantos descubrimientos ?

— Advertir á V. M. ante todo, como acabo de hacerlo ; y después me parece que para nuestros planes de guerra, ¿ porque supongo que V. M. estará siempre por la guerra ?...

— Siempre. Se formará una coalición para arrojar á los franceses de Italia. Una vez arrojados, mi sobrino el emperador de Austria se apoderará, no sólo de las provincias que poseía antes del tratado de Campo-Formio, sino también de la Romanía. En esta clase de guerras, cada uno conserva lo que ha tomado, ó devuelve lo menos que puede. Apoderémonos, antes que nadie, de los Estados romanos, y en dejando Roma al Papa, porque no podemos guardarla, impondremos por el resto nuestras condiciones.

— Puesto que la reina está siempre dispuesta á la guerra, no será malo que sepa lo que el rey, menos dispuesto á luchar que V. M., ha escrito, por consejo del cardenal Ruffo, al emperador de Austria, y lo que éste le ha contestado.

— ¿ Sabéis una cosa, general ?

— ¿Cuál ?

— Que no debemos esperar ninguna condescendencia por parte de Ferrari ; es hombre enteramente adicto al rey, y que suponen incorruptible.

— ¡ Bueno ! Decía Felipe, padre de Alejandro, que no había fortaleza inexpugnable si podía entrar en ella una acémila cargada de oro. Veremos en cuánto tasa Ferrari su incorruptibilidad.

— Y si Ferrari rehusa, por grande que sea la



suma que se le ofrezca, y dice al rey que la reina y su ministro han intentado seducirlo, ¿qué pensará el rey, que cada día es más desconfiado?

— Vuestra Majestad sabe que, en mi opinión, el rey lo ha sido siempre; mas creo que hay un medio de que no figuremos en la trama ni V. M. ni yo.

— ¿Qué medio?

— Encargar de hacer las proposiciones á sir William. Si Ferrari es hombre que se deja comprar, lo mismo aceptará el dinero en que se aprecie de sir William que de nosotros; tanto más cuanto que sir William, como embajador de Inglaterra, tiene el pretexto de informar á su gobierno sobre las verdaderas disposiciones del emperador de Austria. Si acepta, en lo cual no corre riesgo alguno, porque sólo se le pide que lea la carta y la vuelva á cerrar, entonces todo irá bien; y si es bastante enemigo de sus intereses para negarse, sir Hamilton le dará un centenar de luises para que se guarde el secreto; y, por último, en caso de que se niegue á esto y revele el secreto al rey, sir William echará todo lo que la tentativa tiene de... ¿cómo diré yo?... de aventurada, sobre la grande amistad que profesa á su hermano de leche el rey Jorge. Supongamos que el rey no se da por contento con esta excusa. El embajador le preguntará, bajo palabra, si en iguales

circunstancias no hubiera él hecho otro tanto. El rey soltará la carcajada y no dará su palabra de honor. En suma, el rey necesita demasiado á sir William Hamilton, en la posición en que se encuentra, para guardarle rencor por mucho tiempo.

— ¿Y creéis que sir William consentirá?

— Yo le hablaré, y si no basta, V. M. podrá hacer que le hable su esposa.

— ¿Y no teméis que Ferrari pase sin que nos lo advierta?

— Nada más sencillo que evitar este temor, y sólo he esperado para hacerlo el consentimiento de V. M., pues nada quiero hacer sin su orden.

— Hablad.

— Ferrari volverá esta noche ó mañana por la mañana á la casa de postas de Capua, donde dejó su caballo. Yo enviaré allá mi secretario, con encargo de que diga á Ferrari que el rey está en Caserta, y que espera los despachos. Nosotros nos quedaremos aquí esta noche y todo el día de mañana. En lugar de pasar por delante del palacio, Ferrari entrará, preguntará por S. M. y se encontrará con sir William.

— Todo eso puede salir bien como puede salir mal, dijo la reina pensativa.

— Ya es mucho, señora, combatir con armas



iguales, y más aun cuando, siendo mujer y reina, se tiene de su parte la fortuna.

— Tenéis razón, Actón. Enviad vuestro secretario á Capua, y preparad á sir William Hamilton.

Así diciendo, la reina movió su cabeza, que aun era hermosa, como si quisiera sacudir las mil preocupaciones que sobre ella pesaban, y entró en el salón con ligero paso y con la sonrisa en los labios.

## CAPITULO VI

### El acróstico

Muchas personas habían llegado ya, y entre ellas, las siete señoras cuyos nombres empezaban con E. Los hombres eran el almirante Nelsón y dos de sus oficiales, ó por mejor decir, dos amigos suyos, los capitanes Troubridgt y Ball. El primero era un hombre simpático, de agudo ingenio y de buen humor; el segundo, grave y estirado, como un verdadero bretón de la Gran Bretaña.

Eran los otros convidados el elegante duque de Rocca-Romana, hermano de Nicolino Caracciolo, que estaba muy lejos de sospechar, — hablamos de Nicolino — que un ministro y una reina se tomaban tanto trabajo en aquel momento para descubrir su alegre é indolente persona; el duque de Avalos, más comunmente conocido con el nombre de marqués del Vasto; el duque de la Salandra, gran